EL PASADO DEL CIRUJANO

Dr. J. PUIG SUREDA

Numerario de la Real Academia de Medicina de Barcelona

ERA previsible. Inexorables las agujas del reloj estatutario de la Academia señalarían mi turno. Llegó, lejos de mi memoria. Con asombrada extrañeza, oí la campana: fué el aviso cariñoso de nuestro incomparable secretario. Me sorprendió completamente desprevenido. Despertó mi apuro. Vi asustado la ceremonia de apertura, vi la selecta concurrencia, vi la mesa presidencial y me vi a mí mismo.

¿De qué tratar y cómo?

En rápido análisis, la apertura, me dije, por solemne que sea, tiene más de fiesta que de académica; su público, selecto sí, pero heterogéneo, aun cuando congregado bajo la común enseña de la Medicina.

¿Qué tema escoger y cómo tratarlo para mantener el mínimo interés que permita saldar sin gran aburrimiento el tiempo que su cortesía concede a la disertación?

Vino a mi memoria el prefacio de Graham a su preciosa y original *Historia de la Cirugía.* Dice así: «He aquí un libro de cuentos: el cuento de la Cirugía a través de los cuentos de los mil y un cirujanos que han impulsado el arte quirúrgico hasta su actual desenvolvimiento. El cuento es de los buenos (declaración que puedo hacer sin la menor inmodestia, por cuanto tan nula es mi responsabilidad en el alba de la Cirugía, allá en los tiempos prehistóricos, como en sus actuales progresos). Tiene momentos de gran emoción, momentos de impudor, momentos de tragedia... Tiene retazos brillantes y retazos sombríos. Yo espero, por lo menos, que guste al lector que puede ser un hombre o mujer corrientes, tan distintos de esa nebulosa y casi temible criatura que es el intelectual. Los hombres y las mujeres corrientes se encuentran en todas las revueltas de la vida y entre ellos incluyo aún, a los doctores y estudiantes de Medicina que, sin razón plausible, nada conocen de los afanosos desvelos de sus innumerables predecesores». ¡Qué mina de sugerencias fascinadoras!, me dije.

Extraído de un rico filón, es el tema de este discurso al que hago la misma salvedad que Graham con palabras de Guillemeau: «Si

alguien me objetara que ese discurso mío es sólo compilación de ciertas rapsodias de los antiguos cirujanos, yo, gustoso confieso y reconozco que hay muy poco, por no decir nada, de mi propia invención...»

Esta ingenua y espontánea confesión que pudieran o debieran hacer y omiten, quizá por supuesta, innumerables autores de renombre, me autoriza a sonreír si un malicioso fruncimiento de cejas y labios me advierte que han sido descubiertas ideas o frases o párrafos enteros de Castiglioni, Diepgen, Gräham, Garrison, García del Real, Oriol Anguera y... tantos más en cuyos escritos he espigado libre y abundantemente.

Urdimbre de esta disertación, me propuse fueran hilos de la enmarañada madeja de la Historia de la Cirugía.

Carente de la técnica del historiador y del filósofo, quise abandonar el curso de pensamiento médico, es decir, de las ideas, así como la evolución de las enfermedades (patología histórica) como también la cronología biográfica de los grandes.

Creí fácil y atractivo seguir la pista del cirujano a través del tiempo, no en cuanto a sus conocimientos ni habilidad, sino por ambiente, por el modo de conducirse y ser tratado.

Fué espejismo la supuesta facilidad y vano empeño aislar de buenas a primeras en la historia, la figura del cirujano, que durante siglos está fundida en la del médico y las dos, en la general de la medicina, mientras en otros, repudiado por éste, parece encontrarse en confusa equivalencia con gentes de la más baja condición, hasta que finalmente es fácil perfilar su destacada personalidad y verle de nuevo del brazo del médico con el mismo ideal.

Así, pues, esta lectura que en su origen pretendí fuese la narración de una sarta de hechos enhebrados por el tiempo, una anecdótica biografía del cirujano desconocido, ha tenido que pedir un crédito a la imaginación y a la ideología de ciertas épocas. Escapadas furtivas a cotos que imaginé cerrados y en los que se caza más cirugía que cirujanos.

De lo anterior, se colije lo que va a ser el cuento.

He de procurar sea corto, lo que equivale decir que será incompleto; sólo una mínima parte del desarrollo funcional del cirujano.

La Medicina es una necesidad biológica. Nació cuando no pudo menos de nacer. Al sacar su partida de nacimiento resultó ser la del hombre.

Lo mismo ocurre con la Cirugía, cosa alguna que extrañar, ya que en esencia son lo mismo: arte y ciencia de curar. No se encuentran separadas las partidas médico y del cirujano.

No buscamos pergaminos; no obstante, hay documentos escritos de la primera operación. En el primer capítulo del Génesis se lee: «21.—Por cuanto el Señor Dios hizo caer en Adam un profundo sueño: y habiéndole dormido, le tomó una de sus costillas e hinchó carne en su lugar. 22.—Y formó el Señor Dios la costilla, que había tomado de Adám, en mujer y llevola a Adam».

Vieja y noble alcurnia la del operador, pero no del cirujano, cuya existencia requiere la previa de una afección quirúrgica, o sea de una enfermedad. Y continuando en plena abstracción, la enfermedad exige la vida, una y otra muy anteriores al hombre.

No hay que alarmarse. No voy a buscar los cromosomas quirúrgicos en el Pre-Cambriano de hace dos billones de años, en el que el geólogo señala la aparición de la vida en la tierra, con un error en más o en menos de millones de años, pero nada nos dice en cuanto a la enfermedad.

Con el biólogo, en cambio, se apuntarán un tanto fuerte al decir que saben cuando apareció la muerte. Es mucho decir; pero quizá haya un poco de verdad.

En efecto, cuesta imaginar cuando muere, en su ambiente, un protozoo que se reproduce por bi-partición hasta el infinito. Pero no ocurre así al *Volvox,* protozoario-flagelado, que en su ciclo normal *nace, vive y muere.* Podemos decir que con él hizo la muerte su entrada en el mundo y en la vida, la individualidad.

Hasta pasado mucho tiempo (siempre el consabido sonsonete: millones de años), no tenemos pruebas fehacientes de enfermedad y ésta, quirúrgica. Los monstruosos anfibios del mesozoico también se rompían los huesos, lo que era de presumir, pero también enfermaban. En los museos se conservan vértebras de dinosauro y de esquilodonte con osteomielitis.

La enfermedad quirúrgica rondaba, pues, por el mundo millones de años antes de aparecer lo que más se parece a un hombre, el *Pithecantropus* de la raza Trinil, que aún se duda en inscribirlo como hombre o en el libro de su primo el antropoide. En todo caso, sería un pobre hombre.

Me está vedado (por incompetencia) hurgar ni discurrir sobre el origen uni- o pluri-céntrico de la especie humana, pero en otro orden de ideas, a mi ver, es indiscutible, que el hombre antes de ser civilizado no lo fué, o había dejado de serlo. Cuando menos este es el ascenso actual del salvaje a ciudadano, dígase de niño a hombre.

Con rara unanimidad convienen los entendidos, que las primeras etapas del desarrollo de la humanidad se deben a la coincidencia de actos instintivos que giran alrededor del eje: defensa individual, defensa de la especie, profundamente influídos por los fenó-

menos ambientales. Así se explica que desde el último período interglacial, hasta la fusión del último glaciar, es decir, desde la raza Trinil a la Cromagnon (toda la edad de piedra) se encuentren seriadas y en el mismo orden y en todas partes por distantes que estén, desde el pedernal tosco del paleolítico al notablemente pulido de la última edad del neolítico, con sucesivas aportaciones de conchas, espinas, huesos... Vagos rastros e historia de una primitiva cultura.

De todo lo anterior, poco extraeríamos para el cirujano que buscamos, si de acuerdo, los técnicos no hubiesen decidido que las comunidades salvajes de hoy, son el fiel espejo del hombre neolítico; verdaderos embriomas detenidos en su desarrollo y enquistados en el mundo. Así, pues, el *chaman,* médico-mago, sería el reflejo fiel de nuestros remotos antecesores.

No voy a entretenerme en cuanto hacen y saben estos apreciables colegas. Sólo me interesa hacer constar que trepanan y practican una curiosa mutilación craneal en «T» y que el propósito que guía estos operadores *aymacas* de Bolivia, *quinchúas* del Perú y *nativos* de las islas de la Lealtad, es abrir la puerta para que salga el demonio causante de la dolencia invitándole con un conjuro. Otros móviles pueden tener, como el razonable de extraer el fragmento hundido como hace el polinesio actual.

Por lo que abundan los cráneos neolíticos trepanados junto a pedernales de tosco filo, la trepanación debió ser moneda corriente entre los velludos cirujanos de la edad de piedra.

Graham, imagina una trepanación dentro una caverna allá por los 400.000 años antes de J. C.

El operador, un viejo peludo con desgreñado cabello y larga barba. El paciente yace de bruces en tierra; en torno, los hombres de la tribu cubiertos con pieles tienen grandes mazas al alcance de sus manos; detrás, en cuclillas las mujeres con los niños. En manos de un ayudante, los silex afilados.

El cirujano se agacha, coge la cabeza del paciente y la lleva entre sus robustos y velludos muslos mientras otros sujetan el cuerpo. El cirujano separa en dos grandes mechones la cabellera de la víctima y los entrega para que tiren de ellos dos ayudantes.

Todo está a punto y todos, callados, contemplan fijamente.

El cirujano coge el afilado pedernal y zaja resueltamente hasta el hueso, siguiendo la línea de separación de los mechones. Los colgajos fuertemente estirados sangran hasta ser comprimidos por los sucios dedos de los ayudantes.

La operación cobra i n t e r é s. Hombres, mujeres y niños todos se acercan mientras el operador empieza el ataque del hueso raspando con el pedernal. Dentro hay, es indudable, el demonio que, intranquilo, por boca del enfermo da

grandes alaridos y protesta. Raspa el cirujano con más ardor, desprende la compacta externa y con menos fuerza vacía el *Diploe*. Ahora, procede con más precaución al ataque de la lámina vítrea, pues sabe que encontrará debajo una membrana gris que no debe rasgar. Sería demasiado insulto para el enfurecido demonio que no querría salir.

La puerta está abierta, no muy ancha en verdad, pero es suficiente y por ella con un exsorcismo, sale el demonio. Ni los hombres ni las mujeres lo han visto salir, pero el operador lo asegura. La prueba es que el operado no grita ni se mueve. El cirujano aproxima los labios de la herida que cubre con hojas recién cogidas.

Una trepanación es algo más que un acto instintivo, supone un razonamiento, como lo supone al coetaneo pintor rupestre, el dibujar en la pared al bisonte que intenta cazar.

Acogiéndonos a la socorrida ley del espejo, sin arriesgar demasiado, podemos afirmar que aquellos cráneos y pedernales son testigos de la comparecencia del cirujano al campo de la enconada y dramática lucha entablada por el hombre desde hace más de medio millón de años contra la enfermedad y el dolor.

Por escasas que fueran sus luces, vería la causa de una herida. Para él, enfermar y curar era misterio, como era incapaz de explicarse la luz, su sombra, el viento, el entrar y salir el aire por su boca, el fuego que ya sabía encender y... tantas cosas más. Ha visto caer el rayo y se ha asustado con el trueno, ha visto lluvia y pedrisco caer del cielo. Ha soñado. Todo es sobrenatural. Seres invisibles, espíritus buenos y malos pueblan el ambiente y causan lo agradable y desagradable que le ocurre. La enfermedad es un demonio que penetró en el cuerpo y hay que obligarle a salir, por esto se abría la cabeza.

La trepanación es la primera operación en el mundo de la que hay pruebas. Pero no indica el orto del cirujano. Otras operaciones no comprobables acompañarían la sucesión de reflejos cada vez más complicados, de actos instintivos doblados por juicios elementales que culminaron en un propósito y actuación deliberados. Es toda una larga, oscura y tortuosa senda en la que sólo transcurre la imaginación.

La era de este remoto cirujano fué larga, y contra lo que era de esperar de épocas cada vez más próximas, apenas deja rastro. En su pobre arsenal quirúrgico, quizá junto al cuchillo de silex, hubo otro de bronce, nos dirá el arqueólogo, que toma este asunto por su cuenta.

Se atraviesa un largo período de penumbra, en el que se fragua el subconsciente de la humanidad, en el que se enraízan el folklore, la tradición y las supersticiones de los pueblos que en su extraordina-

ría semblanza, acusan un muy próximo parentesco, quizá también una ley general, porque, como dice Rivers, «el orden de las causas naturales, puede decirse, atrevidamente, que existe antes que esas mismas causas».

La semilla del *homo sapiens*, del *homo faber*, como con razón se le llama, aparece en brotes dispersos, gérmenes de las asombrosas antiguas civilizaciones orientales coetáneas y casi simultáneas. Tan poco aparente es un *decalage* de siglos después de contar, como hasta aquí, por millones de años.

Los primeros documentos acreditativos de tan notables civilizaciones, producen la extraña sensación del súbito nacimiento de una cirugía ya desarrollada, no en fase de lenta evolución.

Asombra en el código babilónico de Hamurabi, escrito 2.250 años antes de J. C., la llaneza con que se fijan los honorarios del cirujano:

Si opera a un caballero una herida grave o hace una cruel herida con lanceta de bronce y le salva la vida, o si le abre un absceso en un ojo, recibirá 10 chekels de plata. Si es a un hombre libre, 5 chekels y si a un esclavo, el dueño dará 2 chekels.

Así continúa por un hueso roto, entrañas enfermas, etc.

Este lenguaje supone la existencia de cirujanos de profesión. Lo grave del código, es que estatuye que si a consecuencia de la operación el caballero pierde la vida o la vista, se cortarán las manos al cirujano.

No es de menor calidad el papiro de Smith, procedente de Luxor, descifrado hará unos 20 años. Un cirujano anónimo escribe en 1.600 años a. de J. C. lo que vió e hizo en la guerra. Cómo examinó la herida y el paciente, al que comunica el pronóstico y le trata si le cree curable o lo abandona si lo contrario. Así, sin invocaciones ni sortilegios, t r a t a razonablemente fracturas y luxaciones. Parece ser un cirujano laico el autor y no un sacerdote.

Más notables son los documentos ários. En uno de los Vedas se pondera la necesidad para el cirujano, de conocimientos anatómicos obtenidos por disección de cadáveres humanos. Las discrepancias de su anatomía con la actual se explican por haber disecado cadáveres macerados de niños menores de dos años; los mayores eran incinerados.

Lo notable no acaba aquí; son las instrucciones que se dan para el aprendizaje de la cirugía: «El maestro procurará que su discípulo alcance la práctica de la cirugía aun cuando ya domine las siete ramas de la medicina o que las haya recorrido en totalidad. Un discípulo, por instruído que sea, si no está iniciado en la práctica, no es competente para encargarse del tratamiento».

Da después minuciosos detalles y termina:

«Advertencia importante: un aprendiz adiestrado en la cirugía sobre objetos de experimentación, como calabazas, muñecos, odres llenos de agua, trozos de piel..., o que haya aprendido el arte con la ayuda de las cosas arriba mencionadas o haya sido instruído en el arte de la cauterización sobre cosas iguales o similares a las del cuerpo humano a que se aplican, jamás perderá su presencia de ánimo en la práctica de su profesión».

Si a lo anterior se añaden mil detalles más y la maestría en cirugía plástica a la que no faltaba material dado el número de desnarigados por castigo, no imagino cómo pudo perderse tan notable cirugía.

El proceso de la decadencia fué igual en Babilonia que en Egipto que en la India y China, la evolución se repite.

A un empirismo heredado, en especial por el cirujano, sucede una medicina especulativa que acaba en teúrgica. Al modesto operador que aprendió de su padre o maestro una técnica muy lentamente progresiva, cuando sus méritos se reconocen, coge de sus manos el bisturí el que entre los suyos supo elevar su cultura, y convertido en médico-cirujano empírico-racional, da a su actuación el carácter de maravillosa modernidad de que encontramos ejemplos en la cirugía de aquellos pueblos.

La creencia en la posesión demoníaca, que nunca se había perdido del todo, vuelve a mostrarse con mayor fuerza. La medicina y la cirugía no se habían separado nunca por completo de la religión; gradualmente, misticismo y hechizo adquieren mayor significado que cualquier tratamiento racional y la cirugía vuelve a ser absorbida por exorcismos supersticiosos.

Aquellas religiones destruían mucho más de lo que creaban; así fué heredado un arte bastardo e inferior por los sacerdotes que encargaban la práctica de la cirugía a las castas más bajas. La cirugía ya no fué una ciencia ni un arte, fué paulatinamente convirtiéndose en un bajo comercio. Los demonios que los pedernales, tan brillantemente manejados por los cirujanos prehistóricos, habían desalojado, regresaron a sus moradas. Volvía el dominio de lo sobrenatural.

He aquí una leyenda sobre uno de los libros sagrados que tratan de cirugía, el *Ayur Veda*:

Los *Ashvini Kumars,* hermanos gemelos del sol, deseaban aprender la ciencia de Brahma —la más elevada de las filosofías— de un tal Dadhyanchy, que la había aprendido de Indra. Desgraciadamente Indra había prometido cortarle la cabeza a su discípulo si transmitía su filosofía. Esto hubiera podido complicar las cosas para hombres de menor talla que los Ashvini. Convencieron éstos al sabio, que les hablara de la ciencia de Brahma, y luego con su consentimiento le cortaron la cabeza y la

reemplazaron, uniendo al tronco la cabeza de un caballo. Indra, en su furor, cortó la cabeza del sabio tal como había prometido, mas ciego de ira, fué la del caballo la que cortó. Entonces los Ashvini, que eran hábiles cirujanos, le colocaron de nuevo su propia cabeza, que habían conservado muy cuidadosamente.

Una dificultad surgió, sin embargo, al enterarse los dioses, del prodigio. Decidieron que, a pesar de la subsiguiente enmienda, el hecho de haber cortado la cabeza a su preceptor no era disculpable desde el punto de vista moral. Los gemelos fueron por lo tanto arrojados de entre los dioses.

Se dirigieron entonces a un sabio anciano y decrépito, que acababa de casarse con una princesa joven y atractiva. Los Ashvini devolvieron al sabio impotente todo su vigor y él en agradecimiento, les ofreció en los ritos del inmediato sacrificio, las libaciones que les correspondían antes de haber sido arrojados de la sociedad de los dioses. Indra se ofendió mucho y quiso lanzar contra ellos el inevitable rayo. Pero el rayo no llegó a estallar, pues el brazo de Indra quedó súbitamente paralizado. Los Ashvini curaron entonces esta parálisis, lo que les valió volver en seguida a la compañía de los dioses, donde continuaron su buena obra y finalmente enseñaron a Indra el *Ayur-Veda,* o sea, la cirugía.

Interesante es la notable semejanza no sólo en las concepciones teóricas, sí que también en pequeñas particularidades, entre pueblos muy distanciados. Será, en parte, debido a que la humanidad, en condiciones análogas, produce siempre parecidas representaciones ideológicas, lo que Bastian llama el *pensamiento popular,* pero a la vez, a un comercio material que lo es también de cultura.

La cirugía de los pueblos orientales estaba en pleno apogeo cuando la niebla de la prehistoria se deshacía en Grecia. También aquí, los dioses entran en íntimo contacto con los mortales. De este hibridismo nacen las primeras figuras de la cirugía sin que podamos discernir lo que tienen de falso y de verdad.

Apolo, médico de los dioses, tiene de la ninfa Coronis un hijo que extrae de la matriz de su madre muerta, tendida ya sobre la pora funeraria. Así nace Asclepios en Tesalia. Su padre encarga a Chiron, el Centauro, que le instruya en cirugía, lo que hace con tanto éxito, que Plutón se alarma ante la baja en el número de almas que llegan al infierno. Se queja a Zeus que no puede menos que matar a Asclepios con un rayo. Asclepios asciende al Olimpo y deja en Grecia a sus hijos Machaon y Podaliro continuadores del arte de su padre y de la extirpe de los asclepíades.

En la *Iliada* vemos a los hermanos junto a los otros héroes en la

guerra de Troya (XIII a J. C.) extraer flechas y curar heridos.

La cirugía en los tiempos de Homero (1.000 a J. C.) era la popular que en la *Iliada* no tiene intromisiones sobrenaturales que ya aparecerán en la *Odisea* como inicio de la misma evolución que en oriente acabó poniendo la cirugía en manos de casi pordioseros.

Aquí la vemos en las de semidioses. En la XI Ilíada se lee: «Oh, neleiano Néstor, gloria de los griegos, ven sube a tu carro y que Machaon suba contigo, y dirige los caballos de sólidos cascos con toda rapidez hacia los barcos, porque un hombre médico equivale a muchos hombres más, porque te extrae las flechas y aplica los remedios calmantes.» Este prestigio del cirujano no se marchitará en Grecia; ocho cirujanos acompañaban a Xenofonte en la expedición de los diez mil; Licurgo los clasifica como distinguidos oficiales no combatientes.

La cirugía egipcia en plena decadencia irradiaba aún sus enseñanzas y su ejemplo. La griega en sus primeros pasos recibió su influencia. El dios médico Imhotep tiene su réplica en Asclepios y el templo de Memphis en el colosal sanatorio popular de Epidauro. Herodoto hace el elogio de aquella cirugía y Pitágoras acude a estudiar en sus templos, donde para entrar, se le obliga a ser circuncidado. De haberse generalizado y persistido la obligación pocos pedirían hoy becas para el extranjero.

Motivos del orden que fuere, local o de coincidencia, habían producido una libertad de espíritu nueva en el mundo hasta entonces.

La medicina en los templos es cada vez más inductiva, ya no se cree que del *abaton* salió a pie alegremente, un niño del brazo de su madre nacido a los 5 años de gestación, ni que se vació una ascitis cortando y reimplantando la cabeza.

Al lado de la sacerdotal, aparecen en las islas de Levante y costa oriental escuelas semiconfesionales. Cnido, Cos, Pérgamo, Crotona y Minos (en Creta) dan testimonio.

La influencia de los filósofos naturales, muchos de ellos médicos, se acentúa al acercarse al siglo v antes de J. C. en que aparece Hipócrates.

Epoca la más gloriosa de Grecia en la que Pericles, político y filósoso, supo proporcionar al mundo el soberbio espectáculo de un pueblo libre y soberano.

Período de grandes artistas, filósofos y matemáticos. Fidias dirige los trabajos artísticos en Atenas, pero ya la Hélade está sembrada de obras de arte. Hace poco que Cimón ha terminado la guerra con Persia. No queda nada de las monarquías patriarcales en las que el rey lo era todo: jefe, sacerdote, juez, asistido por una vieja aristocracia rural. Quizá todavía en algún rincón sirvan el buey o el carnero de moneda, pero el dinero lo transforma todo. Solón ha hecho la

reforma monetaria y el deudor moroso deja de ser un esclavo. La *élite* es una sociedad culta, influída sin prejuicios por la observación de la naturaleza. Con Zenón se propaga la controversia científica, se mide, se pesa, se discute todo, lo humano y lo divino. Ha aparecido la prosa en la escritura, género literario de la ciencia...

En este ambiente, en el que domina el afán por la explicación racional de los hechos, en Cos, nace Hipócrates contemporáneo de Sócrates y de su discípulo Platón.

La medicina europea, comienza verdaderamente en tiempos de Pericles y sus adelantos se concentran en la colosal figura del «Padre de la Medicina» (460-370 a J. C.).

Hasta el 700 se tomó a la letra esta paternidad, pero Hipócrates fué un compilador, el mejor de los hipocráticos. También es de antes su célebre juramento. Esto no resta nada del gran mérito de haber impreso a la medicina un espíritu científico y una ética ideales; a ello se debe su ulterior avance.

La hemorragia, el dolor y la infección impidieron a los cirujanos aprovechar el empuje que dió Hipócrates a la medicina. La cirugía continuó siendo la egipcia, pero con un aire de modernidad, con manos y uñas limpias, agua hervida, enfermos estudiados y preparados, con salas de operaciones en las *iatreyas* o clínicas limpias y bien orientadas y atenta a no dejar pasar el momento oportuno puesto que huye rápidamente, decía Hipócrates.

El cirujano de verdad, practicaba también la medicina como partes integrantes de un solo arte liberal, pero había especializados, incluso en Cnido se tendía más a formar cirujanos mientras que internistas en Cos.

El ejercicio era libre sin garantía de la capacidad con lo que abundaron los charlatanes y curanderos.

Hipócrates fué un médico-cirujano práctico ambulante, periodeuta, más médico que cirujano. Es curioso que su juramento proscribe la operación de la piedra, acreditada desde tiempo por operadores ambulantes como lo seguirá siendo siglos después hasta Ambrosio Paré; operadores que se apresuraban a poner kilómetros por enmedio sin esperar la suerte de su operado.

En cambio, la cirugía incruenta, la cirugía sin frenos (luxaciones y fracturas), fué llevada a un grado admirable que no desmerece del actual.

En ningún escrito de Hipócrates hay referencia a curas milagrosas ni prácticas sacerdotales.

Las guerras ininterrumpidas, gran escuela de cirujanos, pero funesto sino de Grecia, invasiones y discordias, junto a la peste (de ella murió Pericles 429 a. J. C.) se juntan para la decadencia de una cultura tan extraordinaria.

Alejandría mantendrá durante

un corto tiempo la gloriosa herencia, y por disección humana, añadirá conocimientos anatómicos. Herófilo cirujano ginecólogo, será la figura más destacada; Celso le acusa de vivisección en criminales.

La cirugía hipocrática se encaramaba hacia la investigación, pero no tuvo tiempo. Roma creaba un imperio.

Grecia ha caído bajo su dominio, la Fuerza suplanta a la Ciencia y a la Belleza. El nivel cultural desciende, pero aún conservará viejas resonancias que mantendrán al conquistado por encima del conquistador.

En Pérgamo, 500 años después de Hipócrates, nace Galeno (129-201 d. J. C.). El helenismo está en Alejandría, aquí Galeno acabará su aprendizaje.

Tres siglos antes, algunos médicos griegos emigran a Roma; con ser de los peores patentizaron la gran superioridad profesional; otros llegaron después en avalancha de esclavos (Corinto en masa 150.000).

Plinio, el Viejo, se lamenta de no haber tenido Roma médicos desde más de 600 años; les bastaban algunas hierbas, sus dioses y sus ritos.

Desdeñoso, el romano, desprecia al *graeculus esuriens* de Juvenal, quien también nos dirá de Roma: un antro de ladrones, la vida intolerable, la decencia desconocida, las médicos unos vampiros, despreciables, deshonrados, ignorantes, explotadores de los enfermos, malos compañeros, envenenadores y concusionarios: ¡Y nada más! ¡Que tal debieron ser los cirujanos de Suburra y Transtevere! Pero también es posible que mejor considerados, pues cuidaban de los gladiadores.

Un cirujano griego, Archagathos (220 a J. C.), alcanza gran renombre, se le dan derechos de *quirite,* se le llama familiarmente *vulnerarius,* porque usa el cauterio, pero no tardará en llamársele *carnifex,* por sus excesos operatorios.

Con todo, Grecia ha conquistado Roma. Plinio se duele de que los médicos que no hablan griego no logran la confianza del público y Catón los tilda de asesinos. Asclepios de Prusa (Bitinia) (124 antes de J. C.) detractor de Hipócrates se hace famoso.

En la práctica civil, el cirujano no es más que un curandero despreciable como los masajistas y bañeros tan abundantes en la Roma imperial, cuya moralidad se ahogaba en las escandalosas Termas romanas. Técnicos especialistas junto con sacerdotes de Cibeles importados de Frigia (205 a. J. C.) se dedicaban a procurar eunucos a las damas de aquella sociedad.

El ambiente militar era más correcto y la consideración del cirujano en el ejército muchísimo mayor; los césares le protegen abiertamente.

Cuando desapareció la república

lo primero era el soldado, segundo el sacerdote, tercero el jurisconsulto, cuarto el mercader, quinto el médico, y lindando con los más humildes, le llega el turno al cirujano.

Galeno llega a Roma a los 33 años. Asqueado, otros dicen que, temeroso de la peste, vuelve a su ciudad natal para regresar cinco años después por el resto de su vida.

No podemos juzgar la profesión por el caso Galeno; es ciudadano romano de Pérgamo, la ciudad fiel premiada con un trato de favor; rico, inteligente, batallador, muy culto y autoritario. La fama de sus éxitos quirúrgicos con los gladiadores, hace que le llame el emperador-filósofo Marco Aurelio para atender a su hijo Comodoro, futuro emperador y gladiador amateur.

El favor de influyentes protectores debió caracterizar su actuación que poco debió parecerse a la de otros cirujanos griegos que no hace mucho eran esclavos en una sociedad en la que de lo bajo a lo alto mediaba un abismo.

Es comentarista entusiasta de Hipócrates, escribe en depurado griego, a pesar de lo cual, sus obras se difunden y no las de Celso comentarista más fiel, escritas en castizo latín un siglo antes.

Galeno pudo haber sido un buen cirujano de su tiempo. Se formó en Alejandría de buena tradición clínica, y desde Herófilo de mayores conocimientos de anatomía incluso humana. Nadie como él diseccó tantos ni tanta variedad de animales, incluso un elefante, el esqueleto de un hombre encontrado por casualidad, a lo que hay que añadir la práctica durante su estancia en Pérgamo al cuidado de gladiadores y su afición a experimentar.

A pesar de ello apenas hay cirugía en sus copiosos escritos, siendo así que hay toda la medicina de su tiempo. Quizá se quemaron en el incendio de su biblioteca de la Vía Sacra o quizá, es más verosímil, su orgullo le impidió tratar de un arte vil, que ya en su tiempo había declinado lamentablemente.

Es vanidoso, de continuo habla de sus curaciones maravillosas, cosa que jamás hizo Hipócrates; es imperativo y autoritario, sus preceptos piden un tajante *sí* o *no*.

Por desgracia, su dogmatismo vino muy a punto para la inercia metal que se avecina y, para colmo, lega a la futura cirugía una anatomía que no es humana, sino del mono y del cerdo.

A pesar de todo, su dominio sin apelación durará 1500 años.

El imperio ya en tiempo de Galeno está herido de muerte. En la ideología titubeante de la época minaba un sublime precepto incomprensible para el pensamiento romano y que iba transformando a la humanidad: *Amaos los unos a los otros*. Por sarcasmo, su tor-

Los más recientes descubrimientos en el campo de la Sulfamidoterapia son puestos al día por los LABORATORIOS ARTIACH, S. A. con su nueva especialidad

TETRANILAMIDA

con fórmula:

Sulfanilmerazina.
Sulfanildiazina.
Sulfanilurea.
Sulfaniltiazol.

Características originales:

La SULFANILMERAZINA, última adquisición de la quimioterapia sulfamídica, se caracteriza por la rápida obtención de ALTOS NIVELES EN SANGRE Y LENTA ELIMINACION GLOMERULAR.

La polivalencia sobre multitud de gérmenes propios de cada grupo.

La protección de la SULFANILUREA sobre la acción antisulfamida del a. para amino benzoico.

La absorción rápida y eliminación lenta, y a la inversa, de sus diversos constituyentes.

Indicaciones:

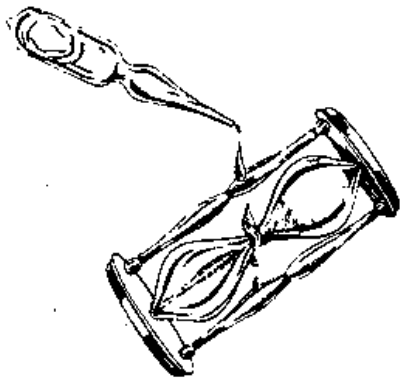
Neumonías; Meningitis de origen vario; **Escarlatina** y complicaciones; **Otitis; Sinusitis; Actiniomicosis; Infecciones** bacterianas mixtas; **Gonococias y Estreptococias** hemolíticas; **Anginas** diversas; **Laringitis y Faringitis, etc.**

Solicite literatura y muestra

LABORATORIOS ARTIACH, S. A.

Moncayo, 9 y 11 ZARAGOZA

Nuevas posibilidades en la lucha contra el dolor y la perturbación funcional del simpático.



OLEOCAINA

CRUZ SALAS

PRIMER ANESTESICO LOCAL
DE EFECTO SOSTENIDO PREPARADO EN ESPAÑA

LABORATORIO CRUZ SALAS
SAN BAUDILIO DE LLOBREGAT (BARCELONA)-ESPAÑA

OLEOCAINA TÓPICA

CRUZ SALAS

CREMA ANTIPRURIGINOSA A BASE DE HIDROLATOS DE FLORES Y OLEOCAINA

MADREZAL

EL MAS ENERGICO GALACTOGENO (PILDORAS)

FORMULA Extracto galega officinalis, 0,07 grs. Extracto gompyum herbaceum, 0,06 grs. Nucleinato sodico, 0,03 grs. Acido fosfórico, 0,02 grs. Acido ascorbico, 0,0001 grs.

MADREZAL

Especifico clásico de la HIPOGALACTIA.-Laboratorios O. F. E.-Madrid (4)

cida interpretación iba a ser la ruina de la cirugía.

La nueva religión provoca tempestades en las conciencias embebidas de ancestrales convicciones. Se retrocede a los tiempos de la medicina teúrgica, ahora teológica puramente deductiva. En un mesianismo desbordado todo viene del cielo: la enfermedad es *Flagellum Dei pro pecatis mundi.*

Mala atmósfera y mal suelo para el árbol de la medicina arraigado en una filosofía pecaminosa.

En esta peligrosa intranquilidad no cabía ciencia, ni arte, ni literatura ni nada. Para colmo de desdichas la herencia de Galeno propende a separar las dos hermanas gemelas.

La cirugía se derrumba e Inocencio III le da el golpe de gracia con su *Eclessia abhorred a sanguine.* Va a repetirse la evolución conocida, el mismo fenómeno que ya vimos.

Cuando resucite o despierte la Cirugía, sin hemorragia, sin dolor y sin infección, su vuelo será maravilloso.

Pero esto es otro cuento. El mío acaba aquí.

Siento no haber podido pagar mejor la deuda de gratitud que les debo por su asistencia y amable atención, sólo en descargo puedo alegar que estaba cumpliendo con un reglamento.